

LAS MARCAS DEL DESENCUENTRO

Entrevista con Piedad Bonnet

LILÍAN BERNAL ROZO

Piedad Bonnet es en la actualidad, una de las poetas colombiana más sobresalientes. Su obra comprende varios libros de poesía, obras de teatro y una novela. En 1995 ganó el Premio Nacional de Poesía y en la actualidad se dedica a la escritura y a la docencia de la literatura.

Piedad, comencemos con su trayectoria de poeta y escritora. ¿Qué la motivó a escribir?

Nací en Antioquia el 18 de enero de 1951. A los siete años me vine a vivir a Bogotá. Durante mi adolescencia fui enviada interna a Bucaramanga, pues asumí una actitud muy rebelde, tal vez por ese ambiente tan cerrado del colegio de monjas de la infancia. Era buena lectora y poco obediente, pues estaba cansada de tanto rigor. En el internado, rodeada de niñas de distintos sectores sociales

y con diversas problemáticas, –yo tenía amigas de todas las edades, como me sucede actualmente– viví una experiencia intensa y muy productiva desde el punto de vista intelectual. La ventaja que tenía el colegio eran sus paisajes en los cuales me embebía y me ayudaron a superar esa sensación de abandono que no podía evitar. Por esa época escribí mis primeros poemas que me publicaron en el periódico *Vanguardia Liberal* y en algún periódico de la Universidad de Santander.

Mi vocación literaria se acendró estudiando literatura en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes en Bogotá. En mi tesis de grado estudié la concepción de la historia en Alejo Carpentier, en 1996 hice el magíster de la Universidad Nacional sobre historia del arte y continué con Carpentier explorando sobre lo mítico, lo mágico y otros temas. Luego tra-

RESUMEN:

En esta entrevista con Piedad Bonnet, la poeta colombiana nos comenta cuál ha sido su trayectoria desde que *Vanguardia Liberal* publicó sus primeros poemas y cuál ha sido la lucha de ella siendo mujer, en un país tradicionalmente patriarcal, por lograr su autonomía como escritora y dedicarse de lleno a la escritura.

ABSTRACT:

In this interview with Piedad Bonnet, Colombian poet, tells us about her experience from the time *Vanguardia Liberal* (a local newspaper) published her first poems and about her struggle as a result of being a woman in a traditionally-patriarchal country, and attempting to be autonomous as a writer and devoting herself only to this activity.

bajé en Colcultura, y enseñaba en el colegio de Colsubsidio cuando me llamaron a dictar clases en la Universidad Nacional en condiciones difíciles, pues en ese momento la universidad estaba militarizada. Esto coincidió con que también me requerían en la Universidad de los Andes y acepté, aunque tiempo después volví a enseñar en la Universidad Nacional porque me gusta mucho.

Usted se casó siendo todavía muy joven. ¿Cómo determinó eso su vida?

Es cierto, me casé cuando estudiaba en la universidad. Fue bueno, pero dilató un poco mi escritura, porque trajo obligaciones adicionales a mi vida. La primera, la maternidad. Además siempre trabajé, casi siempre en la docencia. Aunque combinar todo esto no era fácil, escribí mi primer libro en mis primeros años de casada, aunque sin pretender que me publicaran. Por esa época envié mi libro *De Círculo y Ceniza* al concurso de poesía Octavio Paz en el que obtuve una tercera mención. Sin embargo, no me lo publicaron. Eso lo hizo posteriormente la Universidad de los Andes.

RESEÑA DE AUTOR

Lilián Bernal Roza es licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad de Los Andes, magister en Literatura Latinoamericana del Instituto Caro y Cuervo y especializada como profesora e investigadora en Español y Literatura Española del Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid. Ha sido profesora de literatura en la Universidad Pedagógica Nacional y actualmente se desempeña en las asignaturas de lecto-escritura del Politécnico Grancolombiano. Es autora del libro *La casa de las Aulas del Colegio Mayor de San Bartolomé (Colcultura, 1996)*, (inédito); coautora del libro *Pasos y Huellas* (Bogotá: Chaid Mene Hnos., 1993) y del *Manual de lecto-escritura* del Politécnico Grancolombiano. Asimismo, ha publicado ensayos sobre literatura colombiana en las revistas *El Jabalí* de Buenos Aires, *Litterae*, *Nueva Gaceta* y varios artículos en las Lecturas Dominicales de *El Tiempo*.

Por favor coméntenos sobre este libro.

Ese libro tiene un tono más bien romántico, muy distinto del de mis libros posteriores. Pero lo quiero mucho y al público también le gustó. Es hasta cierto punto ingenuo; en eso radica su defecto y su virtud. También tiene una buena estructura lo cual es un aspecto que siempre me ha afanado.

Sacar a la luz ese libro me animó a seguir escribiendo y más si se tiene en cuenta que yo ya tenía más de treinta años. Inmediatamente escribí *Nadie en Casa*, el cual me llevó dos años. Por entonces yo me había propuesto trabajar con el lenguaje de la cotidianidad, reivindicándolo aunque no valoraba precisamente la vida doméstica. Sin embargo decidí recuperar esa instancia como terreno donde lo divino también puede instalarse. Yo no me inventé el tema. Léí poemas de Rosario Castellanos y de Amanda Berenguer que me suscitaban esas ideas. El segundo libro es más bien muy desolado, sobre los desencuentros. Tomo distancia por medio del humor para no caer en el patetismo; yo diría que está escrito en tono menor. Al terminarlo se me ocurrió el título porque la casa se me había impuesto: *Nadie en Casa*. Entonces se lo di a Mario Jursich y él hizo una lectura maravillosa, un examen detallado de los poemas, y se lo dio a Darío Jaramillo. Yo me olvidé hasta que un día me llamaron para anunciarme el envío de las pruebas del libro que iba a ser publicado por la fundación Lola y Simón Guberek. Inmediatamente tuve buena crítica. La primera fue de Juan Manuel Roca en el Magazín Dominical de *El Espectador*.

¿Qué importancia tuvo ese reconocimiento?

El título *Nadie en Casa* me llevó a escribir un libro sobre la infancia. Ese mundo

mágico donde, aunque había miedos por la religión y el pecado, el tiempo parecía detenido. Era algo sagrado, intacto, al que nunca había vuelto. Quería hablar de la infancia como un refugio, pues en el libro anterior había plasmado las marcas del desencuentro y este se convertía en el refugio de la huída. Por esos días, siendo jurado en un concurso de poesía en Colombia, me di cuenta de que mucha gente estaba escribiendo sobre este tema pues vivíamos un ambiente candente de bombas, asesinatos y pienso que se extendió la imagen de la casa como refugio.

Para este nuevo libro, me propuse una poética distinta, la de lo cotidiano; pero de acuerdo con la propuesta de Eliseo Diego: con la máxima transparencia y la máxima sugerencia. Trabajé mucho, durante todo el año 94, escribiendo, sometiendo el lenguaje, hasta que vi mi obra acabada, y me resolví a participar en el concurso nacional de Colcultura. Lo gané, y así pude publicar mi tercer libro.

Esto cambió las condiciones. La prensa se ocupó de mí, mi público se amplió y obtuve un reconocimiento que antes no tenía. Me dio oportunidades y me relacionó con personas de la literatura a las que antes era ajena. Empecé a viajar, a leer lo que se publicaba en América Latina y escribí un cuarto libro, esta vez sobre el cuerpo: *Ese Animal Triste*, ya con un lenguaje más metafórico, tal vez similar al de mi libro inicial.

Háblenos de sus influencias y simpatías literarias.

Cuando era muy joven y en mi primera poesía son muy claras las influencias de Baudelaire, Vallejo, Borges y Neruda, especialmente el de *Residencia en la Tierra*. Hoy Borges me

gusta pero no me influye para nada. Vallejo me marcó en una forma tan determinante que tuve que dejarlo porque me iba a acabar; de él hay influencia en mi primer y segundo libro. Luego, Eliseo Diego fue definitivo. También me gusta mucho el poeta argentino Juan Gelman y el peruano José Watanabe. De los colombianos, Álvaro Mutis, José Manuel Arango, Juan Manuel Roca; y las mujeres que me han impresionado son Alejandra Pizarnik, sobre todo en el libro que escribí sobre el cuerpo, y Blanca Varela, que no sé si me influye, pero es una maestra para mí.

En la narrativa me gusta mucho Proust y los checos Bohumil Hrabal y la poesía centro europea: Holan, Seifert, Herbert, Szymborska. Esto va cambiando con el tiempo y con los libros que le van llegando a uno a las manos.

¿De cuáles se siente más cercana?

Uno puede sentirse cercano a algún autor porque lo admira y descubre que ese mundo es infinito e inagotable o porque uno siente que lo que uno hace se parece a lo de ellos. Me siento cercana a Alejandra Pizarnik, con quien me identifiqué mucho e intuyo que también estoy cerca al mundo desgarradísimo de Blanca Varela.

¿Cómo se siente en la tradición de la poesía colombiana?

Es difícil ubicarse en esa perspectiva. Yo creo que hay unos determinismos. Me expreso como mujer y veo que no hay una tradición de poesía femenina tan fuerte en Colombia como en otros países: Cuba o Argentina, por ejemplo, donde encontramos grandes figuras. Creo que estoy más cerca de los poetas líricos, quienes me interesan mucho. Pienso en Silva y Aurelio Arturo. Más cerca de ellos

que de De Greiff y “El Tuerto” López. Me han influido también los que hacen anti-poesía aunque esta no me interesa del todo. Combino lirismo con elementos prosaicos. El Nadaísmo fue muy útil en esa sociedad pacata de mediados del siglo XX. Su poder de escándalo fue muy sano aunque sus frutos poéticos, desiguales. X504 me parece muy bueno, como la prosa de Eduardo Escobar. Pero creo un error persistir en algo que ya pasó. Gonzalo Arango tuvo el mérito de haber sido el ideólogo, el sacerdote. También respeto mucho a algunas poetas colombianas: Meira del Mar tiene poemas muy bellos; Matilde Espinosa y Maruja Vieira abrieron un camino. Una parte de la poesía de María Mercedes Carranza tiene mucho valor por lo descarnada, por lo honesta y valiente; sobre todo en *Tengo Miedo y Hola Soledad*. Es una lástima que, a pesar de su gran labor en la Casa de Poesía Silva, esta le robó el tiempo de algo que en un momento hizo muy bien. Hay otras como Yirama Castaño, Renata Durán, Anabel Torres, Andrea Cote, que están conformando su obra. Aunque reconozco que tengo un conocimiento fragmentario sobre algunas de ellas.

En las antologías sobre la poesía colombiana las mujeres aparecen muy poco. ¿Será que ellas apenas hasta ahora están inaugurando el campo de la poesía? ¿Hay una forma propia de expresión poética que caracterice a las mujeres?

Yo creo que las mujeres tendemos hacia universos más íntimos. Las sensibilidades masculina y femenina son necesariamente distintas. Ahora bien, creo que, aunque obviamente puede existir alguna discriminación, a las mujeres no les conviene agruparse como minoría en

terrenos culturales o del intelecto. Eso cierra caminos. Creo que debemos hacer como Gertrude Stein y otras que iban hombro a hombro con los hombres. No me gusta participar en eventos marcadamente feministas como tampoco creo en la poesía “gay” o la poesía “negra”. Y no lo hago por mí sino por el género. Yo no lucho por ser distinta a ellas, sino que peleo desde otro territorio.

Usted se siente más plena en la poesía, pero también ha escrito obras de teatro...

Y una novela. La prosa, en la que no tenía experiencia, fue un reto. Creo que la logré manejar. Es un lenguaje más funcional, con mayores servidumbres que la poesía. La novela, además, exige mucha investigación y muchas lecturas. Esa contención y esa violencia que me exigía la prosa, por decirlo de alguna manera, era lo que estaba buscando, quería algo nuevo y tenía unos fantasmas íntimos que lo requerían.

El teatro siempre ha sido azaroso, aunque tengo un grupo de teatro que me encarga las obras y me las monta, el Teatro Libre de Bogotá. Este género me parece difícilísimo. He hecho un teatro que comenzó por un híbrido, un monólogo artificioso, brechtiano. Luego escribí otras obras de teatro. Me gustó mucho el montaje de la pieza, pues *Muerde el aire afuera*, me hizo ver lo complejo del trabajo teatral, del cual uno es apenas un elemento más. También trabajé con Laura García en un espectáculo de cabaret. Sin embargo, espontáneamente no haría teatro.

Yo he sido por azar muchas cosas, incluso traductora, pero donde me siento más plena es en la poesía.

¿Cómo definiría su poesía?

Es difícil. Pero primero, diría que es honesta. Es decir, parte de un principio ético. Uno busca la palabra precisa y eso exige que la primera coherencia sea con uno mismo, ignorando hasta cierto punto al lector. Si se escribe para complacerlo, entra uno en otra dimensión; por ejemplo puede caer en fó-

mulas vacías o en concesiones facilistas. Se es honesto cuando la búsqueda es hasta las últimas consecuencias. Cuando se busca y se toman riesgos. Claro que de pronto, no hay el talento para lograrlo. Por ese camino es necesario ir hasta el fondo o si no, uno se queda corto. De la coherencia de lenguaje depende la calidad de los poemas.